

mismo Señor dice en Hieremías por estas palabras (b): *Mayor ha sido la maldad de mi pueblo que la de Sodoma, la cual fué subvertida en un momento.* Porque tampoco faltó aquí el pecado nefando, por el cual esta maldada ciudad fué abrasada y consumida. Y por esto es alabado el rey Asá (c), porque desterró esta abominación de su reino; y mucho mas el santísimo rey Josías (d), que fué poco ántes del captiverio de Babilonia: el cual comenzando á reinar halló este vicio tan recibido y usado entre los hombres perversos, que junto al sancto templo estaban edificadas las casillas de los efeminados: las cuales el sancto Rey puso por tierra, y purgó la Ciudad de tan grande abominación.

§. VI.

Infiérese ser mayor pecado por el que padece este pueblo tanto mayor castigo.

De lo dicho parece claro que los pecados en aquel tiempo habian llegado á la cumbre; y que no era razon que la divina justicia (despues de haber tantas veces amonestado y amenazado los hombres por sus profetas, llamándolos á penitencia sin haber en ellos enmienda) disimulase el castigo tan merecido. Y así envió contra ellos su azote, que fué Nabucodonosor, rey de Babilonia, el cual destruyó aquel reino, y llevó el pueblo captivo á Babilonia (e); y este captiverio duró por espacio de setenta años, despues de los cuales fuéron restituidos á su patria (f). Y aun en este tiempo no faltaron á los desterrados profetas que los amonestasen y enseñasen en su captiverio: como fué Ezequiel y Daniel (g), y aquellos tres sanctos mozos, que mandó Nabucodonosor echar en el fuego.

Pues no habiendo durado este captiverio y destierro mas que por espacio de setenta años (siendo tantos y tan graves los pecados que lo merecieron), y durando agora el presente por mas de mil y quinientos años, necesariamente habemos de confesar (supuesta la rectitud y igualdad de la justicia divina), que tanto es mayor la causa deste destierro, cuanto este castigo es mayor que aquel. Pues ¿qué pecados serán estos? ¿Idolatría, que fué el mayor de aquel tiempo? Claro está que no. Porque despues de aquel captiverio quedaron tan libres deste pecado, que no solo en el templo no quisieron admitir la imagen del emperador Cayo, mas ni en los lugares públicos de la ciudad la de Tiberio: sobre lo cual se ofrecieron todos al cuchillo por no consentir esto, como arriba declaramos. Pues ¿qué otro pecado hacen? ¿Sacrifican sus hijos como ántes por honra de los dioses? Mucho ménos. ¿Quebrantan las leyes de Dios y sus ceremonias? Antes presumen ser tan fieles y leales á Dios, que sufren andar derramados y perseguidos por todo el mundo por guardarlas. ¿Descúidanse de llamar á Dios, y pedirle socorro? Antes gastan muy largos espacios en sus sinagogas en oracion, y con todo esto nunca son oidos. Pues ¿qué dirémos aquí? Una de dos ha de ser: ó habemos de poner mácula (como ya dije) en la justicia, bondad, verdad y fidelidad de Dios (pues no usa de misericordia con gente tan afligida por su respecto), lo cual sería grandísima blasfemia; ó habemos de confesar que no entreviniendo aquí ninguno de aquellos antiguos y gravísimos pecados, que otro alguno ha de haber tanto mayor que todos aquellos, cuanto el castigo deste es mayor que

(b) Thren. 4. (c) 3. Reg. 15. (d) 4. Reg. 25. (e) Hier. 25. 2. Part. 56. Dan. 9. (f) 1. Esd. 1. (g) Ezech. 1. Daniel. 3.

aquel. Pues ¿cuál puede ser este, sino el que se cometió en la muerte injustísima del Hijo de Dios? Porque en este pecado concurrieron todas las deformidades y maldades que el entendimiento humano puede comprehender, y todas en summo grado de malicia. Porque aquí primeramente entrevino pecado de incredulidad; pues no quisieron creer á un Señor á quien tantas profecias y milagros (cuales jamas se hicieron) daban tan claro testimonio de quien era. Fué el mayor de todos los sacrilegios que se pudieran cometer; porque no fué profanar los vasos sagrados, ó el templo material de Dios, sino aquel templo vivo de la sagrada humanidad, formado por virtud del Espíritu Sancto, donde no por sombras y figuras, sino real y verdaderamente moraba toda la divinidad, unida en una persona con la humanidad: el cual ellos cruelísimamente maltrataron, violaron y ensangrentaron. Fué tambien un linaje de parricidio, pues privaron de la vida al comun Padre y Criador de todas las cosas, por quien vivimos, y nos movemos, y somos (h). Fué el mayor desagradecimiento que se pudo pensar, pues desecharon el mayor de todos los beneficios divinos, que fué la visitacion y venida del Hijo de Dios para su remedio. Fué desobediencia y rebelion contra el imperio y mandamiento de Dios (i), el cual por Moisen habia mandado que cuando este Señor viniese al mundo, fuese obedecido, so pena de ser él vengador contra quien lo desobedeciese. Fué juntamente pecado de malicia, pues á sabiendas se quisieron cegar, confesando los milagros que el Salvador hacia, cuando dijeron (k): ¿Qué hacemos, que este hombre hace muchas señales? Y cuando dieron dinero á las guardas del sepulcro para que negasen el milagro de su resurreccion. Fué el mayor desprecio y vituperio de la divina Majestad que se pudiera imaginar; pues ayuntaron á la muerte del inocente tantas maneras de deshonras, escarnios, bofetadas, pescozones, azotes, espaldas de escarnio, compañía de ladrones, y sobre todo, competencia con Barrabas (l). Finalmente si todos cuantos pecados de odio, invidia, crueldad y inhumanidad en el mundo se han cometido (no solo contra los hombres, sino contra el mismo Dios) se juntaren en uno, no igualarán con la maldad que fué poner manos sangrientas en el verdadero Hijo de Dios, y Señor de todo lo criado. Pues ¿qué otro pecado se pudiera cometer que tal castigo y tal destierro de tantos años mereciera, sino este, pues todos los antiguos, que eran gravísimos, con solos setenta años de captiverio se purgaron? Qué se puede responder á esta pregunta?

Si á esto respondieren que los justos tambien son atribulados muchas veces en esta vida, confesarlo he; mas la tribulacion dellos se acaba en breve, y tras della se siguen grandes favores: como parece en los trabajos del sancto Job, de Tobías, de Josef, y de David, y de otros muchos. Lo cual no vemos en este destierro.

Si dijeren que nuestros mártires tambien consintió Dios que padeciesen mil maneras de tormentos y destierros: que no es maravilla padecer ellos lo mismo; á esto respondemos que los mártires recibían de Dios grandes y maravillosos favores en medio destos tormentos. Amansaba muchas veces las bestias fieras, apagaba las llamas de fuego, visitábalos en las cárceles con sus ángeles, curaba y sanaba sus llagas, obraba por manos dellos muchos milagros. Y (lo que mas es) duró esta per-

(h) Act. 17. (i) Deuter. 18. Act. 5. (k) Joann. 11. Math. 23. (l) Math. 27.

CAPITULO XIX.

Del tiempo de la venida del Salvador, en el cual se habia de dar principio á estas obras maravillosas que habemos referido.

secucion poco mas de docientos años, y al cabo dellos perseverando con una maravillosa fe y constancia, salieron vencedores de toda la potencia del mundo y del infierno, y hicieron al mundo el mayor beneficio que jamas se hizo: que fué poner por tierra todos los templos y altares de los ídolos, y desterrar del mundo la blasfemia de la idolatría, y plantar el conocimiento del verdadero Dios y Señor de todo lo criado. Mas ellos há mas de mil y quinientos años que padecen este destierro, sin consuelo, sin milagros, sin profecias, sin república, sin lugar de sacrificio, y sin manifestos favores del cielo. Pues ¿qué tiene que ver esta calamidad con las de nuestros mártires?

Si dijeren que por los pecados que agora cometen en no guardar perfectamente la ley de Dios y sus ceremonias los deja andar tan maltratados entre las otras naciones: á esto se responde que sin comparacion eran mayores los pecados que se cometian ántes del captiverio de Babilonia (como claramente vimos). Pues ¿cómo aquel rectísimo juez castiga mucho menores pecados con castigo sin comparacion mayor? Díganme pues qué pecado es este, merecedor de tan grande castigo, respondan á todas estas preguntas, satisfagan á todas estas razones, declárennos, ¿qué pecado sea este?

No faltan algunos que viéndose convencidos con esta razon y con la grandeza de las miserias que padecen, acógenese á decir que por el pecado que cometieron en la salida de Egipto (m) adorando el becerro, padecen tan largo destierro. ¡Oh! con cuánta razon dijo el Sabio (n): Achaques busca el que quiere apartarse de su amigo. ¿Qué respuesta se podria dar mas fuera de toda apariencia que esta? Porque primeramente Moisen hizo grande riza en el pueblo por aquel pecado. Y despues, dice la Escritura (o) que Dios tambien castigó al pueblo por él. Y si se alegare haber él amenazado que el día de la venganza castigaria esta culpa; no se llama en la Escritura día de la venganza sino el día de juicio universal, donde serían castigados por esta culpa los que entónces no hicieron penitencia della.

Item es un linaje de donaire decir que por aquel pecado andan agora padeciendo. ¿Cuántas veces el tribu de Judá adoró, no ya los becerros, sino los demonios, capitales enemigos de Dios, que estaban en los ídolos, y no contentos con adorarlos, les sacrificaban sus hijos (p) y hijas, y los pasaban por fuego? Pues ¿por qué por aquel pecado padescen agora este destierro, habiendo cometido otros semejantes, y mas juntado con la idolatría la cruel muerte de sus hijos? Todas estas consideraciones muestran claramente que los que esto dicen se asen á estas ramillas, no para mas que para tener algo que decir á quien les quiere convencer con tan manifesta probanza. Los cuales tendrán mal pleito el día de la cuenta; pues ellos mismos con tan liviano fundamento se dejaron engañar. Así que, vuelvan y revuelvan todas las Escrituras, busquen enantos agujeros y portillos quisieren por donde se puedan colar, y hallarán por cierto que ningún pecado se pudiera cometer digno de tal destierro, y de todas las calamidades que hasta aquí habemos referido; sino solo el que está dicho, que es mucho mayor que todas las idolatrias del mundo.

(m) Exod. 32. (n) Prov. 18. (o) Exod. 32. (p) 2. Paral. 28. Psalm. 105.

T. VI.

Como sea verdad que el principio y fundamento de toda nuestra salud sea el conocimiento de Cristo, no se contentó la divina Providencia con todas estas profecias y señales, que hasta aquí habemos referido, para conocerlo cuando viniese; sino quiso tambien señalarnos como con el dedo el tiempo en que habia de venir, para que á nadie quedase velo de ignorancia, ó excusa alguna, si no le conociese. Para lo cual es mucho de notar que aunque todas las profecias sean adalides que nos guian al conocimiento de Cristo, pero las mas claras, y peremptorias, y las que no sufren ningun velo de excusa, son las que profetizando lo que ha de ser, señalan el tiempo y los años en que ha de ser. Y desta manera declaró Dios al patriarca Abraham (a), que sus descendientes estarian en Egipto afligidos por espacio de cuatrocientos años; mas que estos cumplidos, los sacaria de allí con mucha prosperidad. Y por Esaías en el cap. vii, mandó denunciar que de ahí á sesenta y cinco años el pueblo de los diez tribus de Israel se acabaria; y así en ese tiempo fué este pueblo destruido, y llevado captivo á tierras extrañas por el rey de los asirios (b). Mas como en el conocimiento de la venida del Salvador iba mucho mas, puso mas claras señales para conocer el tiempo della. Entre las cuales la primera y muy conocida es la profecía antiquísima del patriarca Jacob (c); el cual estando para morir, y dando su bendicion á Júdas su hijo, dijo que no faltaria el sceptro, y caudillo del tribu de Judá hasta que viniese el que habia de ser enviado, el que habia de ser esperanza de las gentes; que es el Mesías, como la interpretacion caldea trasladó. Este sceptro y imperio sabemos por Josefo y por todas las historias antiguas, que cesó al tiempo que el Salvador nació, cuando reinaba Heródes (que era de linaje de los idumeos), el cual oida la fama del nacimiento deste nuevo rey, temiendo por esta ocasion perder su reinado, mató los inocentes por matar á él entre ellos, como arriba dijimos (d). Y despues acá nunca hubo mas rey, ni del tribu de Judá, ni del linaje de David. Antes el emperador Vespasiano mandó matar cuantos se hallaron deste linaje, por quitar al pueblo ocasion de alguna rebelion, ó levantamiento (e). Siendo esto así, y siendo esta palabra y verdad infalible de Dios, ¿quién puede dudar que el Salvador es ya venido, pues aquel sceptro de David es ya acabado, sino quien blasfemando negare la verdad de la palabra de Dios?

La segunda señal deste tiempo es la profecía de Ageo, el cual despues de haber escrito diligentemente el año, el mes y el día en que pronunció esta profecía, dice estas palabras (f): *¿Quién de vosotros es agora vivo, que viesse este templo en su primera gloria? ¿No os parece que es quasi nada en comparacion de aquel? Pues esfuérzate, Zorobabel, y tú tambien, Jesú, hijo de Josedec; porque de aquí á pocos días yo moveré (dice Dios) el cielo, y la tierra, y la mar, y moveré todas las gentes, y vendrá el desdado de todas ellas, y hinchiré esta casa de gloria. Y será grande la gloria desta casa postrera, mucho mas que la de la primera.* Hasta aquí son palabras de Dios por el profeta; en las cuales señala la causa por donde este

(a) Genes. 15. (b) 4. Reg. 17. (c) Genes. 49. (d) Math. 2. (e) Josepho de Bello Jud. (f) Aggæ. 2.

templo sería mas glorioso que el primero: no por la ventaja de las labores del edificio (por que no habia comparacion de uno á otro), sino porque el Salvador del mundo entraria en él, y lo esclareceria mucho mas con su presencia, que lo fué con todas las riquezas de Salomon; así como tambien esclareció el lugar de Betlehem con su nacimiento sobre todos los otros millares de lugares del reino de Judea (g). Luego necesariamente habemos de concluir que estando en pié aquel templo, vino el Salvador á él; pues con su presencia lo habia de hacer mas glorioso que el de Salomon. Pues como aquel templo esté ya asolado y destruido tantos mil años há, siguese necesariamente que el Salvador es ya venido. Donde es mucho de considerar que la voluntad de Dios era que aquella república estuviése entera cuando el Salvador viniese; y cóstanos que lo esencial de una república perfecta es haber en ella reino y sacerdocio: lo uno para gobernar el pueblo, y lo otro para honrar y aplacar á Dios. Y así la profecía de Jacob trata del reino, y la de Ageo del sacerdocio. Pero ambas á dos ayuntó Hieremias por palabras clarísimas, en las cuales profetiza Dios la perpetuidad, así del nuevo reino de Cristo, como de su sacerdocio, despues de su venida, diciendo así (h): *No faltará hombre del linaje de David que suceda en su trono; ni tampoco de los sacerdotes y levitas que ofrezcan sacrificios.* Y añade luego: *Esto dice el Señor: Si es posible faltar el concierto y orden que tengo puesto con el día y la noche, para que no haya en el mundo día ni noche: así será posible faltar el concierto y la promesa que tengo hecha con David mi siervo, para que no suceda hijo suyo en su reino, y levitas y sacerdotes ministros míos.* Lo susodicho es del profeta. En cuyas palabras promete Dios la perpetuidad del reino de David y del sacerdocio, con la mas firme comparacion que se pudiera prometer. Porque dice, *que así como es imposible faltar en el mundo día y noche, así es imposible faltar en su pueblo rey del linaje de David, y sacerdocio.* Respóndame pues á esta profecía todos los maestros de los hebreos. Porque si no admiten el reino de Cristo, hijo de David, que reina en el pueblo cristiano, y reinará para siempre; y el sacerdocio de la nueva ley, que es segun la orden de Melquisedec, el cual sucedió al levítico (i), ¿cómo podrán salvar esta promesa tan firme de Dios, pues quitado aparte este nuevo reino y sacerdocio, no vemos entre ellos rastro ni humo de lo uno, ni de lo otro, tantos mil años há, mayormente estando el templo (fuera del cual no se podia ofrecer sacrificio) asolado y destruido? Pues ¿qué entendimiento habrá tan ciego, que no quede concluido y desengañado con esta profecía?

Ayunto á esto aquella clarísima y solemne profecía con que Dios prometió perpetuidad del reino á los descendientes de David, con palabras de semejante firmeza que las pasadas. Porque despues que al principio del salmo 88 encarece la verdad de las promesas y de la omnipotencia de Dios (á la cual ninguna cosa es imposible), promete luego una cosa que solo Dios podia prometer y cumplir. Porque habiendo fenecido todos los reinos y monarquías del mundo, promete él un nuevo reino, y una sucesion perpetua, y una nueva monarquía que durará hasta la fin del mundo; la cual ni pecados, ni poderes, ni fuerzas humanas podrán impedir. Y así dice él en el sobredicho salmo estas palabras: *Hallé á David mi siervo, y unguilo con mi sancto olio: mi mano le ayuda-*

(g) Michæ. 5. Matth. 2. (h) Hier. 33. (i) Psalm. 109.

rá, y mi brazo lo confortará. No prevalecerá el enemigo contra él, y el hijo de la maldad no será poderoso para dañarle. Y luego mas abajo: Yo (dice él) lo levantaré como primogénito mio mas alto que los reyes de la tierra. Eternalmente usaré de misericordia con él, y este testamento y promesa mia le será fiel. Y haré que sus hijos reinen en los siglos, y su trono sea tan cierto como los dias del cielo. Y si sus hijos desampararen mi ley, y no caminaren por los caminos de la justicia, visitaré con la vara de mi castigo, y con azotes los pecados dellos; mas ni por eso apartaré mi misericordia dellos, ni les haré algun daño en mi verdad, ni quebrantaré el testamento y promesa que les tengo hecha, ni consentiré que las palabras de mi boca salgan en vano. Una vez juré por mi sancto nombre que no faltaria esta mi promesa á David; sino que el reino de sus hijos permanecerá para siempre, y que su trono sería tan perpetuo como el sol y como la luna: de lo cual todo es Dios en el cielo testigo fiel. Hasta aquí son palabras del salmo. Pregunta pues agora á todos los entendimientos humanos: si Tulio y Demóstenes (que fuéron maestros de hablar) quisieran prometer un reino perpetuo, que durase cuanto durase el mundo, ¿con qué otras palabras mas veces repetidas, y con qué comparaciones mas firmes lo pudieran prometer? Juntado á esto, que no contento Dios con solo el testimonio de su palabra, acrecentó juramento solemne por sí mismo. Pues siendo esta promesa tan cierta, tan encarecida y tan fundada, pido agora á los que están obstinados en su incredulidad el cumplimiento desta promesa, que es el reino perpetuo del linaje de David. Porque si no admiten el reino de Cristo, hijo de David, que reina en la casa del verdadero Jacob y Israel (que es el pueblo de los fieles) ¿con qué podrán defender la verdad desta promesa divina?

Pues como ellos se ven tan apretados con esta razon tan eficaz, fundada en la sancta Escritura, acógenese á las fábulas que suelen alegar en semejantes aprietos, y responden que allá adelante de los montes Caspios tienen su rey de linaje de David. Esto es imitar á los que tienen mal pleito, que dan los testigos muertos. Porque ¿quién sabe lo que pasa adelante desos montes? ¿quién vió eso? ¿quién lo escribió? ¿qué autoridad tiene? Mas ¿qué han de hacer los que quieren huir de la luz, sino acogerse á las tinieblas, y fingir semejantes fábulas y historias sin algun fundamento, ó apariencia de verdad, para que con esto se engañen los que quieren ser engañados? Así que transfórmense en cuantas figuras quisieren, y busquen cuantas evasiones pudieren, porque si no admiten el reino espiritual de Cristo hijo de David, han de confesar que falta aquí esta palabra y promesa de Dios, tantas veces repetida y tan encarecida. Lo cual es blasfemia intolerable.

§. I.

De la profecía de Daniel, que mas distintamente explica el tiempo de la venida del Salvador.

Entre todas las profecías de los profetas, la que mas copiosa y distintamente declara lo que pertenece al misterio de Cristo, es la de Daniel en el cap. ix de sus profecías. Por donde el Salvador, desta particularmente hace mencion, para que por ella se entienda el tiempo de su venida, y así dice por Sant Mateo (k): *Cuando viéredes la abominacion de la desolacion (de que habló Da-*

(k) Matth. 24.

niel, profeta) estar en el lugar sancto, el que lee entienda. Este profeta se aperció con grande aparejo para recibir esta revelacion. Porque despues que entendió ser cumplido el tiempo de los setenta años que Hieremias (l) habia profetizado, despues de los cuales habia de ser reedificada la ciudad de Hierusalem, y restituida la captividad del pueblo, se dispuso á hacer oracion por él con ayunos, y saco, y ceniza: esto es, que se vistió de un saco (m), y puso ceniza sobre su cabeza en señal de humildad, profesando que el hombre es polvo y ceniza. Y aparejándose para orar con ayunos y abstinencia, hizo una oracion devotísima y muy larga (que por evitar prolijidad no escribo aquí) en la cual confesando sus pecados y los del pueblo, confiesa tambien que por justísimo juicio de Dios fué desterrado, afligido y llevado captivo á tierras de infieles; mas que agora alegando su misericordia, pide que el pueblo sea restituido en su tierra, y reedificado el templo en que su Majestad habia de ser venerada.

Pues perseverando el profeta en esta oracion, vino (dice él) á mi volando el ángel Sant Gabriel, y tocóme en el tiempo del sacrificio de la tarde, y enseñóme, y díjome estas palabras: *Daniel, agora soy venido para enseñarte, y para que entiendas. Luego que comenzaste á orar, tu peticion fué accepta delante de Dios; y yo soy venido á enseñarte; porque eres varon de deseos. Por tanto tú considera mis palabras, y entienda esta vision. Setenta semanas están abreviadas y determinadas sobre tu pueblo y sobre tu ciudad sancta, para que sea consumida la prevaricacion, y tenga fin el pecado, y sea quitada la maldad, y traída la justicia eterna, y se cumpla la vision, y la profecía, y sea unguido el Sancto de los sanctos. Sábetes pues y considera que dende el tiempo que se pronunció la palabra de que se habia de edificar Hierusalem, hasta Cristo caudillo, ha de haber siete semanas, y otras sesenta y dos; y luego se edificará la plaza, y los muros en tiempos trabajosos. Y despues destas sesenta y dos semanas será muerto Cristo, y no será su pueblo el que lo ha de negar. Y el ejército y el capitán, que con él vendrá, destruirá la Ciudad, y el santuario, y el fin della será perpetua desolacion.* Hasta aquí son palabras del profeta, cuya declaracion es la que se sigue.

Para la cual primeramente habemos de notar que aquí el profeta habla del tiempo de la venida del Salvador, no solo porque expresamente le nombra llamándolo el Sancto de los sanctos (que es título proprio suyo), sino tambien porque hace mencion de las obras que en el mundo habia de obrar, que era destruir el pecado, y restituir la justicia, y cumplir las visiones y profecías que trataban dél. Y dice que despues destas setenta semanas se concluiría el misterio de su venida. Donde es de saber que por este nombre de semanas en la sancta Escritura se entiende á veces semana de dias, y á veces de años, que comprehenden siete años; como parece en el capítulo xxv del Levítico. Y en toda la sancta Escritura no se halla otra manera de semanas, sino estas dos de dias y de años. Y setenta semanas de años hacen cuatrocientos y noventa años; despues de los cuales dice que padecerá Cristo. Pues como los que están ciegos se ven convencidos con esta profecía que testifica haber ya el Salvador venido y padecido, acógenese á decir que por estas semanas no se entiende este número de años susodichos; sino otro que ellos fabrican de su cabeza sin fun-

(l) Hier. 25. (m) Dan. 9.

damento, ni autoridad de la Escritura. Mas que por estas setenta semanas se entienda el número de años susodicho, pruébase por esta razon, mas clara que la luz del día, la cual tambien tratamos en la segunda parte desta escritura. Porque dos cosas señala aquí el profeta que se han de cumplir despues destes años, que son el pecado de la muerte de Cristo, y el castigo que se dará por él, que es la destruicion de la Ciudad y del santuario: la cual destruicion dice que durará hasta la fin. Pues cóstanos claramente deste castigo, que fué poco despues deste número de años: luego siguese necesariamente que dentro dese tiempo se cometió el pecado, por el cual vino este castigo; pues no habia de venir ántes dél. Esta razon es tan clara demonstracion de la verdad, que ata los entendimientos, y enmudece las lenguas para no tener que replicar. Porque si el profeta no tratara mas que de la muerte de Cristo, tomara ocasion de aquí la malicia y incredulidad humana, para interpretar estas semanas como quisiera. Mas como el profeta señala en este tiempo la culpa y la pena, pues vemos claramente cumplida la pena en este tiempo, siguese que está ya cometida la culpa por la cual se dió esta pena; y por consiguiente que ya es cumplido el misterio de la venida de Cristo, y de su sagrada muerte y Pasion. Júntense pues todos los entendimientos, y vean qué se puede responder á esta tan clara demostracion. Porque aunque no hubiera mas que sola esta profecía, sin tantas otras como aquí se han alegado, esta sola bastaba para convencer todos los entendimientos, y traerlos al conocimiento desta verdad, que es la mas importante y necesaria de cuantas hay en el mundo; pues della pende nuestra salvacion.

Mas no se contentó el profeta con declarar este tiempo, sino declarar tambien las cosas notables que el Salvador (segun estaba profetizado) habia de obrar en el mundo. Donde primeramente dice que en su venida habia de tener fin el pecado; porque con el sacrificio de su Pasion habia de satisfacer por todos los pecados del mundo, y particularmente por el pecado original, en que todos somos concebidos. Lo segundo dice que en este tiempo se traeria al mundo la justicia eterna (que es la verdadera sanctidad), la cual se alcanza por la gracia que nos mereció este Señor, que es la causa meritoria de nuestra sanctidad y justicia. Y desto se escribe en el salmo 71, que todo trata de Cristo: *Nacerá en sus dias la justicia, y abundancia de paz; durará mientras durare la luna:* esto es, para siempre, que es lo que arriba dijo: *Justicia eterna.* Lo tercero dice que en su venida se cumplirán todas las visiones y profecías; porque todos los profetas principalmente tratan deste misterio, y todas estas se cumplieron en su venida.

Añade luego que despues destas semanas sería muerto Cristo, que es contra la opinion que tienen los que están obstinados en su error, los cuales no admiten que Cristo habia de morir. Lo cual contradice claramente á este tan claro lugar de Daniel, y no ménos al de Esaías en el capítulo lmi, que todo trata de la Pasion y muerte del Salvador, como ya vimos. Y añade luego Daniel diciendo que dejará de ser pueblo suyo el que lo ha de negar. Y entónces lo negó cuando dijo á Pilato (n): *No tenemos rey, sino á César.* Y tras esto añade luego el castigo horrible deste pecado, diciendo que el ejército,

(n) Joann. 19.

y el capitán que ha de venir con él, destruirá la Ciudad y el santuario, y el fin della será su destrucción y desolación, y esta durará y perseverará hasta la fin.

Pues como haya muchas cosas en esta profecía que pertenecen al misterio de Cristo, principalmente sirve para declarar el tiempo en que había de padecer, que fué cumplidas estas setenta semanas de años, que hacen número de cuatrocientos y noventa años. Los cuales unos comienzan á contarlos despues de la profecía en que Hieremías profetizó esta restitución, otros del tiempo en que Ciro, rey de los persas, dió licencia para ella. Mas esto hace poco al caso; porque de cualquier manera que se cuenten, es ya cumplido tres veces este número de años.

En lo cual se ve la maravillosa providencia del Espíritu Sancto, y el deseo que tenía de que conociésemos al Salvador cuando viniese; pues no contento con las otras dos señales que arriba pusimos del tiempo desta venida, descendió á particularizar los años despues de los cuales había de padecer. Y ser esto así, vese clarísimamente; porque en este tiempo el Salvador padeció, despues de cuya muerte se siguieron luego las calamidades del pueblo de los judíos, y la destrucción de la Ciudad y del templo, y el cesar los sacrificios; porque destruido el templo (donde solamente era lícito sacrificar) junto con él se acabaron los sacrificios.

§. II.

Ceguedad grande de los judíos, que no quieren ver con tan claras luces; y profecía de la predicación de los apóstoles.

Resumiendo pues todo lo que en esta cuarta parte se ha dicho, tres cosas hallamos aquí que testifican la verdad de la venida del Salvador, de tal manera que cada cual dellas convence el entendimiento, y deja los hombres atónitos, considerando cómo es posible que haya hombres ciegos en medio de tan clara luz. La primera y mas substancial es el cumplimiento de aquellas cinco clarísimas hazañas que habemos referido, que son la destrucción de la idolatría, el conocimiento del verdadero Dios, y la subjección del imperio romano á la fe de Cristo, y la pureza de vida de innumerables sanctos que ha habido despues de la venida del Salvador, y el castigo y destierro de los que le procuraron la muerte. Las cuales hazañas estaban reservadas (segun el testimonio de los profetas) para la venida de Cristo. Y pues estas vemos ya manifestamente cumplidas, síguese necesariamente ser ya venido el autor dellas. Y no solo todas ellas juntas, mas cada una por sí sola bastantemente prueba esto.

Mas cuando con esto se junta la segunda cosa, que es la circunstancia del tiempo en que este misterio se había de cumplir, segun lo determina la profecía de Daniel con lo demas, esto es cosa que bien considerada asombra y deja pasmados todos los entendimientos. Porque propio es de los milagros causar esta manera de pasmo, que en latin se llama *stupor*, que es como una manera de alienación y suspensión de los sentidos, por estar como absortos con la grandeza de la admiración de ver una cosa sobrenatural, cual es un milagro. Pues siendo esto así, ¿cómo no obra en nuestros corazones este mismo afecto la consideración deste milagro de la profecía de Daniel? Porque dejadas aparte las otras particularidades que aquí profetiza, y considerada la de solo el tiempo, ¿qué mayor milagro que decir un hombre

mortal como nosotros, que de ahí á cuatrocientos y noventa años había de ser destruida y asolada aquella noble ciudad de Hierusalem, y aquel solemníssimo templo, tan afamado en el mundo? ¿Y añadir mas, que esta destrucción y desolación había de durar hasta la fin, y ver todo esto cumplido punto por punto, como estaba profetizado? Porque ¿dónde está agora aquella insigne ciudad? ¿dónde aquel magnificéntísimo templo? ¿Hay agora siquiera humo ó reliquias desto? Y dejado aparte lo pasado, que nos consta por todas las historias, ¿qué diremos de lo que nos consta por vista de ojos, que es perseverar hasta agora esta misma destrucción y desolación? Porque los otros milagros pasan con el tiempo; mas este es perpetuo, y vese agora y en todo tiempo, y somos tan malos jueces y apreciadores de las cosas, que no pasamos viendo un tan evidente milagro, y considerando el rayo de la divinidad que estaba en el pecho de aquel profeta cuando profetizó tantos años ántes una cosa que vemos cumplida en el tiempo que él señaló.

Cuando este mismo profeta reveló á Nabucodonosor rey de Babilonia (o) el sueño de que él estaba olvidado, quedó tan asombrado desta maravilla, que con ser un tan grande monarca, se derribó á los pies del profeta, adorando y reverenciando el espíritu divino que en él reconocía, y así mandó que le ofreciesen encienso y sacrificios como á Dios. Pues ¿qué ménos es el cumplimiento desta profecía de Daniel, que la revelación del sueño del rey? Confieso verdaderamente que si Daniel fuera agora vivo, y leyera esta profecía, me prostrara como este rey á sus pies, y no ménos me asombrara agora desta maravilla, que si de presente lo viera. Porque si esto dijera el profeta con palabras oscuras ó metafóricas, que sufrieran alguna interpretación, no fuera tanto de maravillar; mas él lo dice con tan propias, y claras, y resolutas palabras, que no deja lugar para escrúpulo ni dubda alguna. Por lo cual confieso tambien que si yo fuera pagano, y viera el cumplimiento desta profecía, esto solo bastara para convertirme á la fe. Pues segun esto, ¿qué debrian hacer los que confiesan la verdad desta Escritura, y ven el cumplimiento della? ¡Oh cuán poderoso es aquel espíritu malo, que puede derramar nublados y tinieblas en medio de tan grande luz!

Pues á esta segunda maravilla (que es circunstancia del tiempo en que Hierusalem había de ser destruida) quiero añadir otra mayor, que es la circunstancia del lugar de donde habían de salir los que habían de destruir la idolatría del mundo, y traer los hombres al conocimiento del Dios de Jacob. Pues por las profecías clarísimas de los profetas (que arriba alegamos, y aquí repetimos) nos consta que de Sion y de Hierusalem habían de salir los que habían de obrar esta maravilla. Y así dice Esaías (p): *En los dias postreros estará aparejado el monte de la casa del Señor sobre la cumbre de los montes, y levantarse ha sobre los collados, y correrán á él todas las gentes, y vendrán á él muchos pueblos, y dirán unos á otros: Venid, y subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob; y enseñarnos ha sus caminos, y caminaremos por la senda de sus mandamientos; porque de Sion saldrá la ley, y la palabra de Dios de Hierusalem.* Todas estas son palabras de Esaías, que tan claramente denuncian estas dos cosas que aquí decimos, que son conversión de las gentes, y el lugar de donde había de

(o) Dan. 2. (p) Esai. 2.

salir esta nueva luz al mundo. Lo mismo profetizó Miqueas en el capítulo iv, y lo que mas es, por las mismas palabras de Esaías, como quien participaba el mismo espíritu. Mas David en el salmo 109 introduce el Padre Eterno hablando con su Hijo, diciéndole que se asiente á su diestra hasta que le ponga todos sus enemigos por escabelo de sus pies, y que la vara de su virtud (que es el sceptro de su reino) sacará él de Sion, para que venga á tener señorío en medio de sus enemigos. Estos enemigos eran los gentiles, los cuales á fuego y á sangre perseguían el nombre y escuela de Cristo por defension de sus ídolos, los cuales vinieron despues á destruir y quemar esos mismos ídolos, y adorar á Cristo. Y desta manera vino á tener señorío en medio de los que fueron sus capitales enemigos, hechos ya fieles siervos y amigos. Pues viniendo al propósito, ¿quién no sabe que despues de la Pasión del Salvador salieron sus discípulos de la ciudad de Hierusalem, los cuales fueron los primeros obreros y oficiales desta tan grande obra? Pues ¡oh corazón incrédulo! si no basta para convencerte la maravilla desta obra, ¿cómo no bastará señalarte como con el dedo el lugar de donde habían de salir los oficiales della, y ver esto así cumplido? Y si es razón (como dijimos) que nos haga pasmar el cumplimiento de la profecía de Daniel, ¿cuánto mas lo debe hacer esta? Porque aquello era profetizar el tiempo en que aquella famosa ciudad y reino había de ser destruido; mas esto fué señalar el lugar de donde habían de salir los predicadores de la nueva ley, y destruidores de la idolatría que reinaba en el mundo, y era defendida á fuego y á sangre por todos los monarcas dél. Y la guerra con que fué Hierusalem con su provincia destruida, apenas duró un año, mas esta duró mas de doscientos años.

Pues segun esto, si aquella profecía de Daniel era tan poderosa para convencer todos los entendimientos, ¿qué diremos desta, que es cosa sin comparación mayor? La cual era imposible cumplirse por tan flacos predicadores, y con tan poderosos contradictores, sin el brazo poderoso de Dios. Pues qué falta aquí sino poner por testigos al cielo y á la tierra de la gloria de Dios, y de la obstinación de los incrédulos, pues él les dió tan claras señales para el conocimiento desta verdad, y ellos como á sabiendas parece que cierran los ojos para no ver cosa mas clara que la luz del mediodía. Considerando pues cómo no una profecía sola, sino tantas juntas unas sobre otras están testificando la venida del Salvador, confieso que muchas veces me está llorando el corazón, viendo la extraña ceguedad que padece aquella parte de gente que permanece obstinada en su error en medio de una tan clara luz. Quiten la niebla oscura de la pasión que tienen ante los ojos, y llamen con humildad aquel Señor que es padre de las lumbreras, y no es acceptador de personas ni de linaje, y él les abrirá los ojos para que conozcan su Salvador, como ha abierto los de otros muchos que fielmente le sirven, adoran y reconocen.

CAPITULO XX.

Conclusion y summa de todo lo dicho.

En cabo desta disputa será bien filosofar sobre todo lo dicho. Y primeramente advierto á todos los que tienen necesidad de la luz desta doctrina, que ante todas las cosas consideren la grandeza del negocio de su salvación, que es gloria para siempre, ó infierno para siem-

pre, con el cual negocio comparados cuantos hay debajo del cielo, no pesan una paja. Lo segundo, que el que trabaja por llegar al deseado puerto de la verdad, debe despedir de su ánima todos los enemigos y impedimentos della: que son odios, iras, invidias, aficiones, con todas las otras pasiones, las cuales son como unas espesas tinieblas que escurecen la luz del entendimiento; pues todos vemos cuán contrarias y enemigas sean entre sí razón y pasión, y cómo no caben ambas en un sujeto. Y no ménos debe el amador de la verdad despedir de sí toda soberbia y presunción, y vestirse de humildad; pues es cierto, como dice el Eclesiástico (a), que donde está la humildad, está la sabiduría. Y Sant Agustín dice (b) que si una, y dos veces, y mil veces le preguntaren cuál sea el camino derecho para alcanzar la verdadera sabiduría, tantas responderá que la humildad. Tambien debe el hombre despedir de sí aquella perversísima sentencia del Alcoran de los moros, donde les es mandado que no traten de examinar su ley por razón, sino por armas, lo cual es hacer al hombre semejante á las fieras (que todo lo hacen por fuerza), y despojarle de la mas rica pieza que Dios le dió, que es la lumbrera de la razón, la cual no es otra cosa que un rayo de la divina luz que se derivó en nuestras ánimas, para regir y ordenar nuestras vidas. Y para el que con esta luz se rige, es vanísima razón decir: moro ó judío fué mi padre y mi abuelo, pues tal quiero yo ser. Porque si esa fuese regla cierta de la verdad, cuantas sectas y herejías hay en el mundo serían verdaderas, y cada cual de los que las siguen diría lo mismo; mas esto no puede ser, porque el camino derecho para acertar en el blanco de la verdad, no es mas que uno; mas para desviarse dél, hay infinitos. Y así todos estos que dicen: Quiero morir en la secta que murió mi padre, manifestamente se engañan; pues no hay en el mundo mas que un Dios, una fe, y una sola religion para venerarlo.

Pues comenzando á tratar desta verdad, recopilaremos aquí en summa todo lo que hasta aquí habemos dicho. Y dejadas ya aparte las profecías personales que contienen las condiciones y cualidades de la persona de Cristo (que al principio propusimos, como son el linaje de donde había de descender, y el lugar donde había de nacer, y la manera de su vida y doctrina, y la muerte que había de padecer, y los milagros que había de hacer, y otras cosas tales), pongamos los ojos en las obras notorias al mundo, las cuales (segun el testimonio de los profetas) había de obrar este Señor cuando á él viniese (c).

I. Pues la primera obra que para él estaba guardada, era desterrar la idolatría que reinaba en todo el mundo. Esta fué una empresa digna del brazo de Dios, y uno de los mayores beneficios que se han hecho al mundo, librándolo de una tan grande y tan universal pestilencia, como ya dijimos. Esta obra vemos tantos años há cumplida. Pues ¿quién podrá dubdar que sea ya venido el que la había de obrar?

II. Otra singular obra era hacer que los gentiles, enemigos del pueblo de los judíos (d), dejados sus falsos dioses, adorasen el verdadero Dios de Abraham. Esto vemos ya cumplido, no solo entre cristianos, sino tambien entre moros y turcos (segun ellos lo confiesan y

(a) Prov. 11. (b) August. Epist. 56. post med. tom. 2.

(c) Zach. 15. Soph. 2. Nahum. 1. Esai. 11. 54. 65. (d) Esai. 45. 65. Ps. 21. 45.